

REVISTA DE PSICOLOGÍA GENERAL Y APLICADA
Eficacia, racionalidad y conocimiento científico

J. Seoane

Vol, 40 (4) 1985

Eficacia, racionalidad y conocimiento científico

JULIO SEOANE

Universidad de Valencia

El intento actual, caracterizado bajo el término de «eficacia de la actuación humana» pretende ser a la vez comprensivo y simplificador. Comprensivo en el sentido de no ignorar todo aquello que la Psicología tradicional ha demostrado en tal abundancia de ocasiones que ha pasado a pertenecer ya al puro sentido común. Simplificador en el sentido de señalar que un proceso existe cuando disponemos de suficiente evidencia empírica como para suponer su presencia, pero sin tratar de ir más allá que el análisis de los mecanismos que subyacen a tal proceso. (DelClaux, 1983. página 80).

Hace ya algunas décadas que el conocimiento científico tiene tendencia a presentarse en forma de epopeya; es decir, su temática adquiere un carácter de interés general, donde autores o personajes de suma importancia reinterpretan los hechos gloriosos de la historia de la ciencia hasta un punto que, con frecuencia, transforman la épica en lírica.

Los propios científicos contribuyen a esta tendencia con sus nuevas teorías, que repercuten a menudo sobre campos más generales. Los preocupados por la filosofía, en concreto sobre la lógica de la ciencia, también han ayudado a desarticular los viejos dogmas del formalismo como el seguro camino de la verdad científica. Desde perspectivas distintas, la sociología crítica del conocimiento o, en términos más generales tal como la denomina Pinillos (1980), la Crítica Socio-Histórica aportó duras críticas e importantes sugerencias al tema actual del conocimiento científico.

La Psicología también ha jugado un papel importante en este proceso de análisis y valoración de la ciencia. Aunque poco escuchada en un principio, sus contenidos -viejos y nuevos- han contribuido a diseñar el panorama actual de la cuestión que algunos califican de **solipsismo epistemológico**. La psicología experimental puso de manifiesto que la percepción es una extraña mezcla de datos y teorías previas; los estudios cognitivos ofrecieron un abanico de sesgos en la observación y una concepción compleja de la memoria y el razonamiento, que afecta de un modo definitivo tanto a la creación como a la demostración del conocimiento científico; la psicología social defendió que las creencias, actitudes y valores no son elementos despreciables en el trabajo científico, considerado por muchos como un proceso aséptico y neutral por definición, sino que por el contrario constituyen una buena parte de la razón y el sentido del desarrollo de la ciencia

(Garzón, 1984). En definitiva, la psicología del conocimiento científico se ha convertido en una perspectiva indispensable en este panorama general, a pesar de aquellos que gustan de la ciencia como fórmula salvadora del «error humano».

Sin embargo, la mayor parte de las aportaciones psicológicas se han centrado en la actividad del científico, es decir, en un sujeto psicológico individual, en el mejor de los casos interactuando con otros sujetos. Los planteamientos colectivos o comunitarios de la ciencia han sido reservados para la perspectiva sociológica, tomando como punto de partida unidades socio-económicas y subrayando la dimensión histórica del conocimiento pero, naturalmente, dejando intacta la realidad psicológica de los procesos colectivos. De una buena parte de la perspectiva psicológica individual y de algunos aspectos del conocimiento social ya me ocupé en trabajos anteriores (Seoane, 1980; 1982 a; 1982 b; 1982 c; 1985 a; 1985 b). En este trabajo quisiera comentar algunos aspectos psicológicos de la organización social del conocimiento científico.

LA NECESIDAD DE EFICACIA

El conocimiento de que las personas tienen necesidad de saber y reconocer que sus actuaciones repercuten sobre su ambiente y sobre sí mismas es uno de los más clásicos de la cultura occidental. De una forma o de otra, muchos autores psicológicos han asumido esta creencia, aunque es frecuente recurrir a White (1959) para elaborarla conceptualmente. White pensaba que ciertas formas de actividad, las habilidades o competencias, no eran más que un reflejo de la necesidad de interacción **efectiva** con el medio ambiente. Todas las personas tienen necesidad de tratar con eficacia el medio ambiente, y el conocimiento de nuestras propias capacidades y destrezas, de lo que podemos o esperamos poder hacer, constituye un núcleo básico de la propia definición de sí mismo, de nuestra propia identidad.

La eficacia no sólo parece ser una motivación básica de los individuos, sino que el desarrollo de nuestra cultura la ha ido convirtiendo en una fuerza social de desarrollo como, al margen de discusiones académicas, han puesto de manifiesto autores como McClelland (1961) en su sociedad del logro, Veroff (1972) y Winter (1973) con el motivo de poder, y otros muchos que no es necesario mencionar. Pero es evidente además que la sensación de eficacia de las personas se ve incrementada cuando se asocian con otras personas, cuando pertenecen a grupos, cuando se organizan socialmente para aumentar su poder, sus capacidades y su impacto sobre los demás.

Bajo este último punto de vista, surge una clara diferenciación entre conocimiento individual y conocimiento científico, entendido éste en su forma habitual de racional, objetivo y socialmente eficaz. *El conocimiento científico es un intento de superar la eficacia individual, mediante la organización en colectividades de propósito especial con el fin de potenciar la eficacia en la consecución de metas y la realización de trabajos.*

Ahora bien, la actividad humana individual, incluido el conocimiento ya sea consciente o inconsciente, tiene un sistema de integración bien definido, fundamentado posiblemente en una larga evolución biológica (Belloch-Baguena, 1985). *Pero cuando esa actividad humanase plasma en una organización colectiva, cuando se formaliza mediante una estructura social, se divide el conocimiento entre muchos con arreglo a ciertas normas deshaciendo los moldes originales y modificando los significados, se dispersa la integración y las capacidades, y se redistribuyen las estrategias de eficacia.* En definitiva, la dinámica de consecución de eficacia en el individuo y la dinámica en la organización social del conocimiento o conocimiento científico son procesos radicalmente diferentes, aunque por supuesto no exentos de relaciones entre sí.

Si los sentimientos de eficacia toman formas y procedimientos desiguales entre el individuo y la organización científica, parece evidente que esto producirá repercusiones importantes en los respectivos conceptos de identidad. La conciencia de sí mismo como objeto y como agente activo individual es un proceso relativamente bien estudiado de diferenciación gradual, que depende, por un lado, tanto de la propia percepción como de la comparación con los demás con quienes se interactúa; por otro lado, depende de las expectativas de lo que se es capaz de hacer, de los sentimientos de eficacia y competencias particulares.

La *identidad colectiva*, la propia de las organizaciones sociales, la específica del conocimiento científico, tiene particularidades concretas en la construcción de su auto-concepto. Tiene problemas para compararse con las demás porque defiende abiertamente su unicidad, su no equivalencia con ningún otro tipo de organizaciones; de aquí sus clásicas batallas por los criterios de demarcación, su obsesión por las fronteras con la religión, con la filosofía, con el arte, con el conocimiento vulgar. Su interacción se limita a las distintas ramas o disciplinas dentro de su propia identidad científica, eliminando así toda posibilidad consciente de intercambio. En compensación a sus problemas de auto-definición, la ciencia ha recurrido a identificarse mediante características específicas altamente institucionalizadas, manteniendo como la más relevante la de **racionalidad científica**. Sin embargo, esta característica auto-definitoria es precisamente la que se ha puesto en cuestión en los últimos tiempos, por su falta de claridad y de delimitación con otras racionalidades. En consecuencia, al ser este un momento adverso a la racionalidad institucionalizada de la ciencia, su propia identidad se encuentra comprometida en la tan mencionada crisis.

Sin embargo, no ocurre lo mismo con su **sentimiento de eficacia**. Precisamente en los tiempos actuales, nadie duda de que la ciencia –sea lo que fuere– provoca actuaciones que repercuten drásticamente sobre el am-

biente. La organización social del conocimiento interactúa con indudable eficacia con lo social y lo físico, y casi todo el mundo confía en sus capacidades y destrezas para enfrentarse a multitud de problemas. *Es este sentimiento de eficacia en la actuación de una estructura social formalizada la que caracteriza básicamente a la ciencia, y no su discutible identidad institucionalizada mediante la denominada racionalidad científica.*

¿Qué ocurre cuando una identidad colectiva tiene problemas con su auto-concepto y, sin embargo, presenta un aumento excesivo de eficacia? ¿Qué ocurre cuando existe algo que no sabemos lo que es, pero sabemos que es poderoso? En primer lugar, que le cambiamos el nombre para soslayar así cualquier conflicto; en segundo lugar, se producen una serie de rituales y ceremonias de carácter institucional alrededor del poder. Ciencia y conocimiento científico son términos que paulatinamente disminuyen en su frecuencia de uso, aumentando en correspondencia el de **tecnología** o, si se prefiere en su modalidad más actual, el de **nuevas tecnologías**. Y en cuanto a las creencias y rituales de carácter institucional, basta mencionar el tratamiento que los medios de comunicación dedican a estos últimos términos.

LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO

Una psicología social del conocimiento debe tener muy en cuenta que por mucho que profundice en las formas actuales de conocimiento, no podrá obtener nada más que lo que ya está constituido. El propio proceso de constitución habrá que buscarlo a través de otras fuentes, puesto que es el fruto de otros muchos conocimientos ya inexistentes y de la actuación de colectividades que conformaron en otros tiempos los productos presentes *En este sentido, la ciencia como racionalidad y eficacia es la resultante de múltiples procesos psicológicos de carácter colectivo.*

La estructuración política del estado-nación significó para Europa una reorganización social radicalmente nueva. Pero a nosotros aquí nos interesan dos repercusiones específicas; por un lado, *la necesidad de distinguir entre poblaciones de diversos tipos para establecer categorías diferenciales que facilitaran la jurisdicción del Estado.* Por otro lado, *el establecimiento de una ideología del progreso, constituida por la firme creencia en que los problemas sociales tienen una solución mediante una planificación racional adecuada.*

El primer aspecto tiene como consecuencia el principio del fin del científico aislado, del individuo con sabiduría, de la relevancia social del conocimiento del individuo. La categorización de los científicos, con sus formas incipientes de agrupación, facilita el establecimiento del nuevo ordenamiento político, convenientemente acompañado y reforzado por una burocracia estatal en la educación, que ya no tiene como meta al individuo sino la producción de personal tipificado para el Estado y para la economía moderna.

En cuanto a la ideología del progreso, a la creencia básica en la resolución de problemas sociales mediante planificación racional adecuada, no va a significar otra cosa que la **estructuración de la sociedad en organizaciones**, lo que algunos han llamado la **revolución organizativa** (Meyer-Scott, 1983). El Progreso se entiende como la aplicación de la racionalidad a organizaciones formales; la nueva sociedad de las organizaciones piensa en el futuro a través de estructuras formales plétóricas de racionalidad. Como puede adivinarse fácilmente, además de las organizaciones empresariales (la organización racional del trabajo), se pone una especial confianza en la organización científica, comenzando así la conocida interpenetración entre educación, investigación y ciencia. La organización científica es la más representativa de la ideología de la racionalidad; en estos tiempos la Ciencia tiene una clara identidad, tanto en su auto-definición como racional como en su sentimiento de eficacia en tanto que organización formal.

Estos son los comienzos de la identidad colectiva de la Ciencia, pero la evolución del Estado moderno fue transformando paulatinamente una serie de elementos que van a tener como resultante los planteamientos actuales de la psicología social del conocimiento. Por un lado, el aumento de los sectores de servicio sobre los de producción motiva la proliferación de las organizaciones sociales, que ya no son tan autónomas e independientes como en sus inicios sino que se interrelacionan y condicionan entre sí, diluyendo en gran parte sus características específicas. En segundo lugar, la racionalidad de las organizaciones significa crecientemente control, coordinación, burocratización, con la consiguiente valoración de las reglas y métodos impersonales, funcionando al margen de los individuos y de sus conocimientos particulares. Dicho de otro modo, *la racionalidad es garantía de eficacia, y esa racionalidad externa viene definida cada vez más por procedimientos institucionalizados que se desconectan progresivamente de la actividad interna y real de las organizaciones sociales.*

Este es el lugar adecuado para recordar el caso de la Psicología como ciencia. Como tantas veces se ha dicho, su obsesión por el método, por su aplicación de la racionalidad científica, llegó en algunos momentos a vaciarla aparentemente de contenido. La Psicología sentía la necesidad de asegurar eficazmente el cumplimiento de lo estipulado para garantizar socialmente su conocimiento, al margen de sus actividades específicas y de los problemas reales que tenía planteados. Bajo este punto de vista se configura una gran parte de la disciplina, se instituyen sus canales de comunicación científica y se adoctrina a sus neófitos; afortunadamente, la actividad interna de los psicólogos, en especial algunos de ellos, se marginaba de lo institucional para continuar elaborando un conocimiento genuino.

Por otro lado, puede suponerse que este no fue sólo el caso de la Psicología, puesto como ejemplo por ser más conocido entre nosotros. Este fue el caso de las ciencias en general, aunque cada una se relacionó con la institución de la manera más adecuada para sus propios intereses.

LAS DIFICULTADES ENTRE RACIONALIDAD Y EFICACIA

A medida que el Estado moderno presionó para una mayor racionalización de los principales sectores sociales a través de las organizaciones, y a medida que las organizaciones perdieron independencia al interrelacionarse más entre sí, la racionalidad como institución entorpeció el funcionamiento de la racionalidad propia de cada organización en detrimento de su eficacia.

Naturalmente que cada comunidad científica reaccionó en función de sus peculiaridades. En general, las ciencias denominadas como duras, o ciencias de la naturaleza en terminología más clásica, tuvieron menos problemas con los aspectos institucionales del conocimiento; en parte, porque fueron ellas mismas las que colaboraron en la definición de los patrones de la racionalidad; y además porque se preocuparon menos por buscarse la garantía social a través de los cánones impuestos y centraron su legitimidad sobre la eficacia y repercusión social de su trabajo. Vemos, por ejemplo, cómo la informática o las ciencias del ordenador se preocupan cada vez menos por adecuarse a teorías o a metodologías concretas, puesto que su éxito radica en las repercusiones sociales de la tecnología.

La situación es radicalmente distinta en las llamadas ciencias sociales. Problematizadas desde sus comienzos, especialmente controladas y vigiladas por la jurisdicción del Estado, su principal problema ha consistido en demostrar su adecuación a los aspectos institucionales, a la racionalidad instituida, a las reglas legítimas de actuación científica. Al mismo tiempo, su eficacia es menos tangible en comparación con las ciencias duras; la repercusión inmediata y visible de un nuevo ordenador, un programa o un sistema físico de comunicación no tiene equivalencia con una terapia psicológica, un método de enseñanza o procedimientos de implantación de valores sobre la paz en el mundo.

En cualquier caso, si en los comienzos del Estado moderno la racionalidad era eficacia, en la llamada sociedad post-industrial la racionalidad es símbolo de garantía institucional que constituye una rémora para la actividad cotidiana de las organizaciones científicas y, por tanto, para su propia eficacia. Como se podía esperar, la consecuencia psicológica que se produce es una desconexión sistemática más o menos profunda según los casos, entre ambos aspectos.

Dicho en términos más generales, *en las áreas de actuación social que no son pura tecnología, es decir, en lo que todavía se puede llamar conocimiento científico, la racionalidad como reglas y procedimientos institucionalizados se ha convenido en un motivo de auto-estima para asegurarse una posición relevante o de supervivencia, relativamente desconectado de la*

actividad interna de conocimiento que se intenta mantener a pesar de la institución. Esta es una versión más elaborada y más real de lo que en otros tiempos se intentó mixtificar con la dicotomía del «contexto del descubrimiento y contexto de la justificación».

La dinámica psicológica de este conflicto entre racionalidad y eficacia determina una serie de procesos diferenciales cuando se concreta en un científico como individuo, o por el contrario recae sobre una organización o comunidad de científicos, o cuando la perspectiva se centra en la organización central del Estado en su política científica. Pero aun cuando estos aspectos son especialmente interesantes, están fuera de las posibilidades de este escrito.

La situación actual que estamos planteando tiene tal cantidad de facetas y ángulos diversos que resulta difícil establecer una valoración adecuada. Es evidente que la sociedad tiene derecho a institucionalizar los programas de investigación científica, porque su realización necesita una fuerte inversión de los fondos públicos; las aventuras intelectuales las pagamos todos. Pero también es cierto que el intervencionismo excesivo paraliza los nuevos conocimientos y, con frecuencia, sólo beneficia a intereses no tan públicos. Por otro lado, es posible que no sea muy ético aparentar estar de acuerdo con las reglas institucionales (aparatos ostentosos y poco utilizados, técnicas excesivas para problemas sencillos, publicaciones no muy necesarias), al mismo tiempo que se ponen dificultades o se evitan delicadamente las evaluaciones del rendimiento interno de la organización (el caso de la Universidad actual); pero también es cierto que resulta difícil adaptar la organización interna a los rápidos y frecuentes cambios legislativos, además del temor que produce la no coincidencia de los criterios de eficacia que mantiene la institución en comparación con los propios del conocimiento. En resumen, la situación es compleja y las valoraciones relativas, pero lo único que parece evidente es que la ideología del progreso ya no va de la mano de la racionalidad organizada.

DESCENTRALIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO

Los psicólogos clínicos han estudiado largamente los problemas del mantenimiento de la identidad personal (Ibáñez, 1985). Desde el punto de vista de la psicología social, las identidades colectivas son en principio más estables, sus cambios se producen más lentamente y los intentos de destruirlas conducen casi siempre al fracaso, a pesar de los dramas sociales que ocurren en el intento. El conocimiento, incluido el conocimiento científico, es un producto y una propiedad de las identidades colectivas, y participa de las características mencionadas y de las no mencionadas anteriormente.

Desde la situación actual, parece vislumbrarse un cierto declive del conocimiento científico en favor de un desarrollo tecnológico más propio de una mentalidad primitiva que de una civilización europea. Sin embargo, en

psicología política tiende a mantenerse que el éxito en las elecciones es más probable en candidatos con una baja auto-estima y con una percepción de sí mismos altamente compleja en facetas y matices. Si esta tendencia de conducta electoral se pudiera extrapolar a los productos culturales, no hay duda de que el conocimiento científico tendría un inmejorable futuro político. Sin embargo, no es necesario el éxito electoral para las instituciones que tienen una sólida garantía cultural e histórica.

El problema debe de enfocarse de una manera distinta. En la civilización occidental ha existido de una manera persistente una tensión esencial entre lo universal como apetencia y autoridad última, por un lado, y lo particular y local como desafío y defensa de lo individual. Las distintas épocas históricas y los diferentes planos sociales han inclinado la balanza de uno u otro lado, pero sin destruir nunca la pugna entre ambos extremos. Como ya mencionamos, el Estado-nación comienza particularizando conjuntos de población, categorizando problemas y fomentando organizaciones concretas para su solución adecuada y racional. El aparente éxito de esta política condujo a una explosión de organizaciones, a la interpenetración entre ellas, a la pérdida de su autonomía inicial y a su enriquecimiento institucional.

La evolución de este sistema social produjo la sociedad de las organizaciones, la universalidad de la organización formal regida por procedimientos racionales fuertemente institucionalizados y con criterios de eficacia perfectamente burocráticos. Europa se introduce, empujada también por el resto de Occidente, en un universalismo centralista que intenta acaparar la economía, la estrategia militar, la cultura y, en el caso que nos ocupa, el control del conocimiento científico.

Pero la centralización, que en sus tiempos significó progreso, tiene hoy implicaciones psicológicas distintas. Los sentimientos de eficacia, que White elevó a motivo básico de la humanidad, se transforman mediante una sociedad centralista y universalista en sensación de impotencia (Campbell et al., 1960), en desamparo (Seligman, 1975), en percepción de control externo de nuestras acciones (Rotter, 1966), en alienación (Jiménez Burillo, 1985), o en cualquier otra descripción bien conocida por los psicólogos. Pero esta sensación no afecta sólo a los individuos, sino que repercute directamente en las propias organizaciones sociales y, por supuesto, en el conocimiento científico.

La organización del conocimiento ya no parece posible si no es a través de los centros internacionales de control y coordinación; los problemas vienen definidos desde el exterior de la organización, y las soluciones deben discurrir paralelas a las ya planteadas y estar suficientemente homologadas por el centralismo burocrático de la literatura y de los núcleos de poder internacional. Esta situación, que podría describirse con bastante más lujo de detalles, es demasiado conocida y aceptada por todos para detenerse en ella. Lo importante es darse cuenta de la pérdida de identidad que significa para el propio conocimiento científico; el ya mencionado **solipsismo epistemológico** es la versión filosófica de la pérdida de eficacia, de la impotencia y desamparo que produce un conocimiento desorbitado de sus centros de planteamiento y producción.

Naturalmente que en los últimos tiempos han surgido movimientos reformistas ante estos planteamientos; movimientos reformistas en política, educación, sanidad, etcétera y, en nuestro caso, en el desarrollo del conocimiento. En general, sin embargo, sólo significan un intento para fragmentar el poder central sin renunciar a nuevas fórmulas de centralismo. Salvando excepciones, los reformadores vuelven casi siempre a la tendencia dimitonónica de pensar en la racionalidad institucionalizada como fórmula para resolver eficazmente los problemas sociales; se ha llegado a una situación insostenible, dicen, y es necesario planificar soluciones formalizadas que puedan implantarse para encontrar caminos de salida. Es posible que esto pueda ser viable en algunas áreas sociales, pero en relación con el conocimiento científico sólo significa una nueva estrategia de fragmentación para mantener el centralismo internacional.

La descentralización debe llegar a través de las propias comunidades culturales, activando de nuevo las lealtades a los lenguajes propios, a las costumbres, intereses y cultura de la misma comunidad. *El conocimiento científico no es universal, en el sentido de que pueda estar desconectado de la cultura y de los sistemas de valores de comunidades específicas; es universal en tanto que se produce en todas y cada una de las comunidades culturales, y esta distinción es fundamental para la propia supervivencia del conocimiento tal como se originó en Europa.*

En resumen, la racionalidad y la eficacia tienen su ámbito propio, su nicho ecológico por hablar a la moda, que por supuesto desborda al propio individuo, pero que no puede ampliarse más allá de una determinada identidad colectiva sin el riesgo de transformar el conocimiento en tecnología y la tecnología en una ideología del progreso de nadie.

REFERENCIAS

- Belloch, A. y Raguena, M. J. (1985): *Dimensiones cognitivas, actitudinales y sociales de la personalidad*. Valencia: Promolibro.
- Campbell, A. *et al.* (1960): *The American Voter*. New York: Wiley.
- Delclaux, I. (1983): «La Eficacia en la Actuación Humana». En Delclaux (ed): *Sistemas de Producción y Consumo*. Murcia: Publicaciones Universidad.
- Garzón A. (1984): *Dimensiones del Conocimiento Social*. Valencia: Promolibro.
- Ibáñez, E. (1985): «Los Procesos de Adaptación Cognitiva». En Mayor (ed.) *Actividad Humana y Procesos Cognitivos*. Madrid: Alhambra.
- Jiménez Burillo, F. (1985): «Sobre la perspectiva sociopsicológica de la alienación». *Revista de Psicología Social*, O, págs. 13-24.

- McClelland, D. C. (1961): *The Achieving Society*. Princeton: Van Nostrand.
- Meyer, J. W. y Scott, W. R. (1983): *Organizational Environments*. London: Sage.
- Pinillos, J. L. 1980): «Observaciones sobre la Psicología Científica». *Análisis y Modificación de Conducta*, 13, págs. 537-585.
- Rotter, J. B. (1966): «Generalized expectancies for internal vs. external control of reinforcement». *Psychological Monographs*, 80, págs. 1-28.
- Seligman, M. E. P. (1975): *Helplessness*. San Francisco: Freeman.
- Seoane, J. 1980): «Problemas epistemológicos de la psicología actual». *Análisis y Modificación de Conducta*. 11-12, págs. 91-108.
- Seoane, J. (1982 a): «Psicología cognitiva y psicología del conocimiento». *Boletín de Psicología*. 1. págs. 25-43.
- Seoane, J (1982 b): «Del Procesamiento de Información al Conocimiento Social». En Delclaux-Sooane (eds.): *Psicología Cognitiva y Procesamiento de Información*. Madrid: Pirámide.
- Seoane, J. (1982 c): «Cambio de valores en Europa. *Reunión Internacional sobre la Psicología de los Valores* (mimeo).
- Seoane, J. (1985 a): «Conocimiento y Representación Social». En Mayor (ed.): *Actividad Humana y Procesos Cognitivos*. Madrid: Alhambra.
- Sooane, J. (1985): «Sobre el concepto de Psicología Social». *Boletín de Psicología*, 8, págs. 23-33.
- Veroff, J. y Veroff, J. 8. (1972): «Reconsideration of a measure of power motivation». *Psychological Bulletin*, 78. págs. 279-91.
- White, R. W. (1959): «Motivation reconsidered: The concept of competence». *Psychological Review*, 66, págs. 297-334.
- Winter, D.C. (1973): *The Power Motive*. New York: Free Press.